

# 1

## El suicidio y la moral

Javier Sádaba

El suicidio es un hecho indiscutible. Catorce personas al día se quitan la vida en el mundo. Es un dato. Lo que resulta más difícil es su valoración. Se ha estudiado *ad nauseam* esta escurridiza acción humana. Y se ha hecho con una comprensión, extrañeza y pena que muestra el enredo ya a la hora de captar la esencia de esta desconcertante conducta. Y se ha intentado conocer sus entrañas investigando las causas externas e internas de dicha conducta. Por externas entiendo circunstancias como, por un ejemplo, el clima, la geografía o la historia. Y así, desde un punto de vista sociológico el libro de Durkheim es ya un clásico la antropología nos ofrece cómo se comportan las distintas culturas ante ese siempre desconcertante fenómeno.

Distinta es la perspectiva interna y que afecta fundamentalmente a las causas que serían psicológica o genéticamente perturbadoras de lo que hacemos. El caso de las enfermedades mentales es definitivo. La línea roja que separa lo que consideramos estadísticamente normal y lo que anula la responsabilidad de los individuos, no deja de ser laberíntica. En cualquier caso, nos centraremos en esa hipotética normalidad en donde damos por supuesto la responsabilidad de las personas y, por tanto, la Ética.

Pero conviene repetirlo, introducirse en esa zona en donde se difumina lo normal de lo anormal, lo que se debe a nosotros mismos y lo que nos impone a veces de manera tiránica la mezcla de naturaleza y cultura es harto difícil. Supongamos que alguien, con una angustia extrema, se retuerce de dolor de modo insoportable. Es comprensible que desee la muerte. Supongamos ahora que un devoto de la filosofía

existencialista despotriqué constantemente contra su estancia en este mundo. Citará a Camus para quien el problema fundamental de la filosofía es el suicidio. O a Sartre quien escribió que el hombre es una pasión inútil. O a Heidegger que nos interpretó a todos los arrojados en la tierra como seres para la muerte. Parece, sin embargo, que se trata de dos actitudes diferentes.

En el primer caso la angustia se vive en primera persona, en carne viva y a quien le toca padecer esa angustia no le quedan ni tiempo ni ganas para tomar en serio otras tareas. Bien distinta es la situación de los que filosofan y toman distancia sobre nuestra limitada y frágil existencia. No diré que exhiban postureo o interesado teatro. Pero sí se puede decir que se miran y nos miran de modo objetivo sin que se vean afectados subjetivamente, por aquello que analizan. En algún sentido podríamos decir que es la diferencia entre quien ausculta su cuerpo y el ajeno. Todavía más, si se es coherente entre lo que se piensa y lo que se hace y se toma en serio y con rotundidad el absurdo de vivir, debería marcharse de este mundo. Es lo que hicieron los estoicos griegos y latinos. Cuando se vieron caducos e impotentes se fueron por la puerta de atrás. Sin lloros ni construyendo desconsolados sistemas de pensamiento.

Nos quedaremos, por tanto, en el hombre normal, en el hombre de la calle. Y nos hemos de preguntar qué es lo que tiene que decir la ética si ese hombre unamuniano, de carne y hueso, decide suicidarse. Para ello, y sin hacer una exposición de una ética que, arriesgadamente, tomaré como universal, si nos quedaremos con lo que es su núcleo. Nos quedaremos con una visión que ponga al descubierto lo que son las acciones morales.

Tenemos más de una manera de responder a la pregunta de por qué hemos de obrar el bien. Pero hay dos que destacan y que configuran lo que es nuestra conducta moral. Conducta, por otro lado, que hemos de suponer que es suficientemente libre como para que seamos responsables de nuestros actos. Una es el utilitarismo o consecuencialismo y la otra el deontologismo o principialismo. El utilitarismo, en cualquiera de sus versiones, dice que algo debe hacerse si tiene buenas consecuencias. Pone el peso en el resultado y no en el sujeto que actúa. Deontologismo, al revés, dice que algo es bueno si debe hacerse. Coloca una serie de principios o deberes a los que ha de acompañarse la acción de los humanos.

Se le han puesto muchas objeciones a ambas mini teorías morales. Baste decir que un utilitarismo extremo usará medios a su arbitrio que corromperán los fines. Y el deontologismo extremo es tan riguroso que lleva a la dictadura moral. Por eso suele proponerse como adecuada solución combinar las dos actitudes, aunque siempre habrá que reconocer que anidan en nosotros dos tendencias, la que mira a la acción y la que mira a la dignidad del individuo. Siendo esto así es el momento de confrontar nuestra vida moral normal con el suicidio normal.

Comencemos por el utilitarismo. El utilitarista, y si es coherente, opinará que no ve objeción alguna en el suicidio si le ahorra al suicida un montón de los problemas que le acucian. En términos freudianos, si el principio de realidad supera al del pla-

cer. Y puede poner como ejemplo la eutanasia y su pariente el suicidio asistido. Sería mejor un estado de vida cero que una vida rodeada de dolor y sin esperanza alguna por librarse de él. Lo que sucede es que se trata de un tema por sí mismo y que todo lo que atañe a la vida y la muerte hay que enfocarlo con delicadeza, cuidado y sin dogmatismo. Por otro lado, todos somos utilitaristas en muchos aspectos de la vida cotidiana. Si tengo que ir a Bilbao desde Madrid con prisa cogeré el avión en vez de ir haciendo autostop. Ir en avión cuesta dinero. En autostop te expones a no llegar. En este caso funciona la elección del mal menor. El asunto ya cambia si se toma el utilitarismo como doctrina general. Y ahí se desfigura su rostro. Porque considera a los sujetos como objetos. De ahí que considere que juzgar el suicidio desde el utilitarismo aporta poco. O vale tanto que no vale nada o si vale es trivial. Es por eso que algunos sostienen que es una mini moral. Y un peligro. Pasemos ya al deontologismo.

El deontologismo es una ética fuerte. Por eso me parece que es la actitud más apta para acercarse al suicidio. Y lo primero que yo plantearía es cuáles serían los argumentos para juzgar al suicida. Para ello me apoyaré en Hume. Aunque esté de acuerdo con mucho de lo que dice lo completaré con mi opinión. Hume distingue entre tres situaciones en la se debería prohibir el suicidio Si no son convincentes no habría que oponerse al suicidio. La primera es aquella en la que el suicidio daña al suicida. Señala Hume que en ocasiones no hay daño sino todo lo contrario. La segunda en la que se daña a la sociedad. De nuevo observa Hume no pocas veces la sociedad sale ganando por lo que otra vez hay que decir que no hay nada que objetar. Y la tercera en la se haría mal a Dios.

Rápidamente contestará Hume que, al margen de que es difícil aceptar que Dios se sienta herido por nada, quien no crea en Dios será indiferente a quien condene al suicidio por esta razón. Pero el planteamiento de Hume adolece de excesivo utilitarismo por lo que habría que dar un paso más.

Desde un punto de vista deontológico habría que dar un paso más. No es cuestión de desoír el utilitarismo de Hume pero si de ampliar el radio. Una pregunta profunda en nuestra vida es la de si merece la pena vivir o no. Pero es una pregunta con trampa porque para poder responderla tendríamos que salir fuera del mundo lo cual es imposible. Una vez que estamos en el mundo, la pregunta clave es como podemos dar sentido a nuestra existencia. Es esta la cuestión de las cuestiones. Y desde la combinación de bondades y deberes, creo que la respuesta es ganar la partida a la muerte. Aprovechando el tiempo en la tierra, siendo creadores de verdad de nosotros mismos, generando afectos con los demás, gozando con lo que tenemos y podemos tener y luchando contra el sufrimiento. Y hay no tiene cabida el suicidio.

Lo que tiene cabida es prevenirlo, especialmente en aquellos que no se han asomado aún a la vida. De esa una tarea que compete a los individuos y a las instituciones. Especialmente hoy, habría que alertar contra gurús que venden felicidad arruinando a las personas. Se destruye así la construcción de la persona y de esta manera no se logra un caracteres inmediatez, la propaganda y la publicidad desarmen a los jóvenes

y crean los huecos por donde entran los falsos profetas. Escribe el siempre ya agudo filósofo A. Mac Intyre que uno de los problemas de nuestra sociedad es el dominio irracional de las emociones. Esto es un drama. Habría que reconquistar una sensata y renovada racionalidad. Es esta una defensa de la vida contra un suicidio que queriendo huir del sufrimiento acaba con nuestro sustrato vital. Se le acercó a Epicuro un joven diciéndole que quería suicidarse. Le respondió el filósofo que no lo hiciera porque el mañana podría ser distinto. Efectivamente, imaginación. Y si no, silencio.